REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIX | San José, Costa Rica **1934** Sábado 14 de Julio | Núm. 2

Año XVI. No. 690

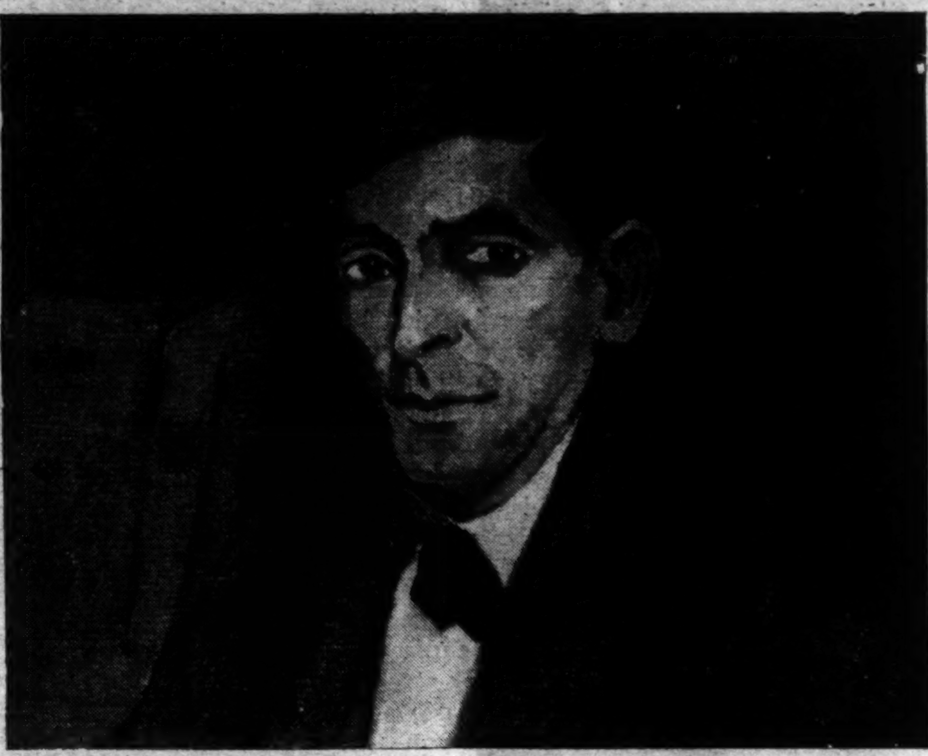
SUMARIO

Reflexiones sobre José Carlos Mariátegui

Por CARLOS MANUEL COX

= De *La Tribuna*, Lima, Perú. =

Hace tiempo que tengo una deuda con Mariátegui, el escritor que vive en las páginas de "La Escena Contemporánea" y "7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana". El juicio sobre este vigoroso líder intelectual se ha producido fragmentario y apasionado. Sin pretender que el mío venga a colmar el vacío, lo considero importante en la medida que contribuye a definir la actitud de mi generación frente, o mejor, al lado de la de Mariátegui, que es muy poco anterior y que confluye y se junta a la de él. Y quiero referirme a estos dos libros como hitos de sugerencias generales sobre aspectos de su pensamiento y vida, porque son el fruto de un momento histórico decisivos del espíritu del escritor. Al Mariátegui muerto, recordando que él siempre hizo ostensible repugnancia a los homenajes **post-mortem,** le tengo, como todos sus amigos y compañeros que lo fueron entrañablemente, en el recuerdo permanente de sus enseñanzas, de su disciplina, de su laboriosidad. Porque Mariátegui fué para mí como para muchos jóvenes de mi generación un incitador fervoroso y un guía admirablemente dotado para las tareas intelectuales.



José Carlos Mariátegui
(1929)
Oleo de *Julia Codesido*

CONFRONTACION APRISTA

Dos grandes aspectos tiene la obra de Mariátegui: el que aparece en "La Escena Contemporánea" y el de "7 Ensayos". Estos dos libros los he visto tallar y es quizás ésta la causa por la que he preterido tanto tiempo mi juicio sobre ellos. Pero, estos libros representativos de su obra intelectual no deben ser considerados al margen de sus otras actividades vitales: su actividad política. En "Amauta", la revista que con tan insólito tesón en nuestro medio sostuviera durante cuatro años, se rastrea la historia de nuestra definición política. El mismo, con la acertada destreza periodística que le caracterizaba—periodística en el sentido de Bernard Shaw, que le ha dado tan alta calidad al vocablo—, la definió como una "revista histórica".

La trayectoria de la vida de Mariátegui si bien fué distinta o paralela a la ruta de la generación del 23, que es la mía, se llegó a unir sólidamente desde este año hasta muy avanzado el 29. Ocurrió con Mariátegui y la gente de mi generación, que al finalizar su vida tuvimos divergencias, las mismas que surgidas en momentos cruciales de la marcha, hubieran desaparecido a no ser por la brevedad de su existencia. No quiero referirme a las incidencias del debate que demandaría muchas nutridas páginas. Quiero únicamente extraer del proceso lo esencial.

La médula de nuestras divergencias consistía en la forma cómo debía ser canalizado el movimiento político. Frecuentemente se ignora y también con interesada malicia se ha puesto en duda nuestra unión política con Mariátegui durante varios años de su fecunda vida. Debo consignar por eso como prolegómeno, dos párrafos de una de sus cartas.—Mariátegui escribía desde Lima a Haya de la Torre, desterrado entonces, con fecha 14 de abril de 1927: "Veo que X no ha interpretado cabalmente mi opinión sobre la A. P. R. A. No me explico en verdad cómo me puede haber creído opuesto a ella. Cuando por primera vez conocí su programa, le escribí a usted que lo encontraba bien". Y más adelante agrega, recordando su intervención en el primer Comité Aprista que fundamos en Lima, lo siguiente: "La mejor prueba de que **no soy absolutamente adverso** (subrayado por mí) a la A. P. R. A. es que le he dado ya mi adhesión en principio, aceptando el concepto que preside su carta a "Amauta" y sobre todo participando, no por cierto pasiva ni adjetivamente, en la constitución de la A. P. R. A. en Lima". Se refiere al mensaje de Haya de la Torre del 2 de noviembre de 1926 planteando el rol de los intelectuales dentro del **frente único.**

Por si no fuera suficiente esta referencia, me remito tanto a la primera época de la revista "Amauta" como a la obra fundamental de Mariátegui, "7 Ensayos", de la que se ha hecho en los primeros meses de este año—1934—una

segunda edición mutilada. En varios pasajes del libro, Mariátegui se refiere a las coincidencias que tiene con Haya de la Torre. La forma de enfocar muchos problemas peruanos es la misma que la del Aprismo. Podemos establecer en conclusión, después de un estudio de las ideas del Mariátegui de los "7 Ensayos" que coincidimos en lo fundamental y que sólo nos separa lo adjetivo.

En Mariátegui primaba el afán muy explicable y lógico—permitan los manes de Mariátegui que haga una interpretación **marxista** en la que él y nosotros hemos coincidido siempre y absolutamente—de intelectualizar la acción. Es decir, su superestructura mental, respondiendo a sus "formas de producción", veía siempre el hecho como motivo, como anécdota, propicio a plasmarse en gesto y en aventura. Aun cuando él, con la lucidez que le era característica, se diera perfecta cuenta de sus limitaciones como hombre de acción, la insobornable dirección de su **homo intelectual,** de su subconsciente, **obraba como si** no existieran otros impulsos que las puramente aladas y sutiles fuerzas del pensamiento. Mariátegui, el hombre del verbo, no era el hombre de acción que necesitaban y ya tienen ahora las masas oprimidas del Perú. Sólo en los instantes postreros de su vida se distanció del **Apra,** en cuyas filas actuaba y en las cuales militó con la gran mayoría de los hombres de esta generación americana que trata de libertarse de toda suerte de taras colonialistas. De las taras que nos dejara el pasado y de las modernas que pretende imponernos el **nuevo imperialismo** conquistador. Nosotros nos explicamos,—me refiero a los que ven en el hecho no "la cáscara de la historia", sino el dato inmediato que va a servir a la conciencia para comprender y deducir su dialéctica—, esta actitud de Mariátegui. Mariátegui enfiló su proa rumbo al socialismo, como nosotros, pero su esquife tenía las irrealidades y fantasías de las cosas creadas por la imaginación. No podían embarcarse en él sino quienes sabían que la praxis les está vedada, comprendiendo en el fondo, dolorosamente, que no les es dable arribar a la tierra, no de promisión y de mitológica leyenda, sino de esfuerzo y de trabajo por construir un nuevo orden.

GONZÁLEZ PRADA Y MARIÁTEGUI

El caso de Mariátegui es, en cierta manera, el de nuestro gran González Prada. Prada y Mariátegui eran predominantemente hombres de pensamiento —la dualidad entre el pensamiento y la acción es una forma de división del trabajo que trata de abolir el socialismo,— sin embargo, tanto Prada como Mariátegui trataron, impelidos por imperativo biológico, de ser consecuentes con su momento histórico, de llevar al mundo de la realidad las especulaciones extraídas de su **ego** pensante. Prada fundó el Partido Político "Unión Nacional" y Mariátegui el "Partido Socialista". El Partido de Prada tuvo corta existencia, no nació viable, fué incapaz de captar a las masas, faltó en Prada el **político.** El intento de Mariátegui, menos afortunado que el anterior, murió nonato. Antes que la idea formulada por Mariátegui saliera del grupo reducidísimo a que se había atomizado la falange de compañeros que la tiranía de Leguía permitió vivir en la **cárcel-ciudad de Lima,** un poco menos estrecha que la de San Lorenzo, sufrió los ataques de los comunistas oficiales—¿no es eso una paradoja?—que querían a ultranza la formación de un Partido Comunista Peruano afiliado a la III Internacional. En tanto los **apristas** negábamos viabilidad al proyecto por oponerse a la realidad y a las necesidades históricas del país. Condenábamos en el proyecto su incapacidad de alcanzar éxito proscribiendo como aliado a la clase media en la lucha conjunta contra el imperialismo y su agente la tiranía leguiísta de entonces; su falta de solidaridad con los problemas indoamericanos y su intento de crear o incitar la formación de una burguesía orgánica como etapa primera hacia el socialismo. Fundo mi afirmación en un artículo que escribió para "El Nacional" de México—"Raza, Economía y Cultura en la Cuestión Indígena"—, y que creo se desconoce en el Perú. Ahí escribía Mariátegui, explayando inequívocamente su pensamiento, "sin los elementos materiales que crea la industria moderna, o si se quiere el capitalismo ¿habría posibilidad de que se esbozase el plan, la intención siquiera de un Estado socialista, basado en las reivindicaciones de las masas indígenas?"

EL PANORAMA EUROPEO

Mariátegui pretendía que el proletariado, incipiente por otra parte en el Perú, como lo es en toda América Latina, acometiera la tarea que históricamente toca cumplir a la burguesía. En este terreno se ve más claramente que en ningún otro, la actitud y la filiación temperamental del escritor Mariátegui, que había sido testigo de los acontecimientos de la post-guerra en Europa—salió del Perú en 1920, pero no desterrado como se ha venido afirmando erróneamente—, cobró una profunda simpatía por el movimiento obrero. En Europa, Mariátegui vivió hasta el año de 1923 atraído por la fascinante marejada post-bélica. Fué testigo de la lucha heroica de los obreros alemanes y de la derrota espantosa de los trabajadores italianos, despiadadamente aplastados por la reacción fascista. Fruto de esta experiencia y de su vida en Europa es su libro **La Escena Contemporánea,** bocetos más bien que ensayos, sobre aspectos y figuras de la vida mundial. Este libro, que apareció en Lima, en la Editorial Minerva, que fundara con su hermano, el año 1926, recogía las palpitaciones políticas entusiastas de un escritor fascinado por el espectáculo dejado por la guerra: la revolución rusa y el ánimo decadente de la burguesía en la que un pasajero desencanto, convertido durante la estabilización del sistema capitalista que le prosiguió en amarga y despreocupada actitud inconformista. Mariátegui hizo del proletariado su mito. Forjó su esperanza en el poder reivindicador de los obreros industriales, **elite** de la nueva sociedad, y amasó sus entusiasmos para la tarea que señalaran Marx, Engels, Lenin y demás creadores y constructores de la nueva sociedad.

Pero Mariátegui no pudo, poseído como estaba—sobreexcitado diría él mismo —por el clamor de lucha que tenía como escenario la vieja Europa, distinguir las diferencias que privan entre la organización social europea, de clases estratificadas como consecuencia de un largo período evolutivo que coronó con la violencia la guerra, y la sociedad latinoamericana, plagada de tantos residuos bárbaros y feudales, con indefinición de clases, determinada por su situación de zona agraria, con mentalidad medioeval. Mariátegui creó así un mito. Su fantasía de escritor y su poderosa imaginación elaboró, a imagen y semejanza de Europa, un proletariado indoamericano apto y con conciencia de clase, listo para asumir el papel histórico de salvar a la sociedad del capitalismo con todas sus injusticias y abolir las clases dentro de la sociedad socialista. **La Escena Contemporánea** no es sólo el relato eléctrico y nervioso de un hombre con visión certera que trasmite al futuro los acontecimientos políticos captados con acierto. Mariátegui se revela, además, en ese libro, hecho orgánico, gracias a su "filiación y a su fe", como un crítico de arte sagaz y un escritor excepcionalmente brillante y culto.

El panorama político, económico y artístico de **La Escena Contemporánea** es vasto; sin embargo, todos los estudios que presenta no tienen la envergadura de la **Biología del Fascismo.** Mariátegui pasó en Italia la mayor parte del tiempo que residió en Europa. Le tocó en suerte, pues, observar desde su iniciación, el fenómeno de la reacción fascista—no de los acontecimientos más representativos posteriores a la guerra. En su juicio sobre el fascismo se aparta de la ortodoxia comunista. Mariátegui lo decía en sus conversaciones: "Mis opiniones sobre el fascismo son el fruto de una personal observación y chocan con el sentir oficial de la III Internacional". En Mariátegui, pese a su entusiasta deseo de disciplinarse y mostrarse de acuerdo total con los mandatos ideológicos de la Revolución Bolchevique, había un fondo revisionista. Como dato biográfico referiré el siguiente: Me llegó a decir cierta vez durante las numerosas charlas que sostuvimos desde 1925 hasta mediados de 1927, con una interrupción de pocos meses en 1926—que si Stalin mandaba fusilar a Trotzky por su disidencia, él aprobaba tal conducta, y conste que Trotzky era una de sus admiraciones profundas. Por predisposición a cerebralizar o espiritualizar la realidad, llegó a

decir cierta vez que el fascismo era hijo de la retórica danunziana. Este es seguramente el origen de la opinión sobre Mariátegui de Luis Heysen, quien tituló un artículo escrito con ocasión de su muerte: "Mariátegui, bolchevique danunziano". Pero, pese a su afán de superestimar la personalidad histórica de D'Annunzio, Mariátegui con Valdelomar y los intelectuales que se agruparon alrededor de la revista limeña "Colónida" tenían un entusiasmo ilimitado hacia el autor de las "Vírgenes de las Rocas",— examina el fascismo con inteligencia y deduce de él conclusiones muy interesantes. Gracias al conocimiento del pueblo italiano, cuyas reacciones son cálidas, está muy bien estudiado el clima que procreó el fascismo. La biología del fascismo nadie mejor que él podía comprenderla y estudiarla. La consideró como un fenómeno "italianísimo", vale decir, producto de una realidad peculiar y típica. Esto no significa, naturalmente, que en sus líneas generales se apartara de la regla marxista de juzgar los hechos de acuerdo con "los modos de producción" donde el fenómeno juzgado tenía lugar. Precisamente Mariátegui acertó en la interpretación del fascismo, porque el marxismo no excluye, como es lógico, el vuelo personal del investigador, ya que no es sino un método para el conocimiento histórico.

Esta diferencia en la estimativa de Mariátegui es la que hace resaltar más su capacidad para comprender con justeza las diferencias entre la realidad europea y la realidad americana que analizó en los **7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana.**

LA TESIS POLÍTICA

Empero en su libro sobre la realidad del Perú, Mariátegui se equivocó como político porque no supo descubrir la forma del movimiento que pusiera término al predominio del civilismo. Señala en él aspectos trágicos de la vida peruana, pero sin la capacidad del conductor para encontrar la organización política correspondiente a la situación social-económica y política del país.

A través de los **Siete ensayos** se encuentran errores y exageraciones provenientes de lo que he llamado su "pasión" por el proletariado. Mariátegui superestima al proletariado como fuerza actuante para transformar el Perú. Mejor aun, exagera el rol del leguiísmo como fuerza burguesa revolucionaria dentro de una sociedad feudal y colonialista. Para Mariátegui los **once años** de Leguía constituyen la definición de una clase directora: la burguesía, y de su antítesis, un proletariado consciente y anti-capitalista. Ve en las obras de irrigación del ingeniero norteamericano Sutton impulso burgués y capitalista contrario al latifundismo civilista del azúcar que tiene en Lambayeque su raíz económica. No analiza con precisión la mentalidad que guía a este técnico yanqui, realmente peruanizado, consistente en la creación de instituciones agrarias como las de Australia y sobre todo Nueva Zelandia. Olvida en forma incomprensible la verdadera fuerza económica del **civilismo** que, si es gamonalismo serrano y latifundismo costeño, es también caciquismo en lo político y social. De estos reductos lo había arrojado Leguía, pero, las bases económicas del civilismo, siguieron intactas. Por eso, cuando Leguía cae en agosto de 1930, no se opera ninguna honda transformación política. Hay a lo más una restauración civilista que, en medio de los forcejeos de once años de desadaptación al Gobierno, permite el crecimiento de un movimiento político de la talla y calidad del **Aprismo.**

La mejor prueba de mi aserto sobre la falta de medida en la apreciación de las clases de la sociedad peruana, descansa en la contradicción entre su análisis de los factores económicos y sociales de los **Siete ensayos** y la formación del Partido Socialista. El no quiso fundar un Partido Comunista ortodoxo, filial de Moscú, porque se daba cuenta de su imposibilidad de victoria. Por no ser su Partido Socialista del agrado del comando bolshevique, fué combatido rudamente en la Conferencia Comunista de Montevideo en 1928. Mariátegui sufrió tremendo golpe mortal en sus ilusiones políticas, del que ya no pudo convalecer. Poco después, agentes inescrupulosos del "comunismo criollo" se aprovechaban de la agudización de su enfermedad, que fué el preludio de su muerte, ocurrida en marzo de 1930, para escindir el grupo socialista y fundar el Partido Comunista, sección peruana de la III Internacional. El legado político de Mariátegui se lo disputaron también unos pocos residuos del Partido que fundara en el Barranco, estableciendo el Partido Socialista del Perú.

Limpias las filas de estos dos elementos negativos y equivocados, las clases oprimidas del Perú estrecháronse enarbolando las banderas del **Aprismo,** que Haya de la Torre hacía ondear con sin igual pujanza y acierto. Así quedó cumplido un ciclo histórico en el Perú. Ciclo de tanteos y de dudas al que Mariátegui contribuyó personalmente como el portador de un mensaje del que había que tomar mucho y rechazar mucho también. Podemos resumir nuestro juicio sobre la obra crítica de Mariátegui con respecto a la historia peruana con una sentencia, paráfrasis de la que Ortega y Gasset dedica a la juventud: "tiene razón en todo lo que niega, pero se equivoca en mucho de lo que afirma". Junto a Manuel González Prada, el gran iconoclasta, Mariátegui es paso más definido en las filas de los precursores. Por eso su obra está más cerca de nosotros.

Mariátegui en los **Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana** es ya un **ensayista** completo. Sus estudios formulados desde un punto de vista inédito en el Perú, tienen la virtud de incitar a nuevos trabajos. No sólo recoge en ellos las experiencias del pasado, sino que inicia la busca de nuevos derroteros. Con igual desventura que Plejanov, el gran fundador del socialismo ruso, ofendido durante los primeros días del gobierno soviético, Mariátegui muere en medio de la pugna ideológica y la fragmentación política de sus amigos y pocos meses después que un pelotón de la brigada política de Leguía intentara humillarlo con el allanamiento de su hogar de inválido preclaro.

Lima, mayo de 1934.

Estampas

La esclavizadora Electric Bond & Share sigue entreteniendo y engañando. ¿Hasta cuándo?... El ejemplo deplorable de la United Fruit Co.

= Colaboración =

Nuestro país al dar la previsora legislación eléctrica que lo rige concibió al organismo ejecutor de ella, el Servicio Nacional de Electricidad, como un verdadero poder. Concentró en él las virtudes de la legislación y pensó así que estaba a salvo la electricidad de la rapacidad de la Electric Bond and Share. Esta fatídica compañía yanqui encontró limitado el campo. Pero luego buscó procedimientos para imponerse y está lográndolo. Se dió cuenta de que el Servicio Nacional de Electricidad no tiene medios para dominarla, es decir, para aplicarle la legislación avanzada que la ciñe y le quita voracidad. Desde entonces entretiene, engaña, propone, sigue el vericueto de la burla. Va reduciéndose el poder del Servicio Nacional de Electricidad a cosa ridícula. Porque mientras no cuente con medios decisivos que lo constituyan en organismo temible, la Electric Bond and Share hará su voluntad.

La gente con alguna preocupación por los asuntos públicos se alarma con la conducta irrespetuosa de la Electric Bond and Share y quiere rodear de fuerza al Servicio Nacional de Electricidad. Es, sin duda, algo honroso para un país que tiene su electricidad y medios de generarla envueltos por la empresa yanqui más peligrosa y agresiva que el imperialismo ha concebido. La Electric Bond and Share conoce el ambiente de nuestros pueblos y sabe cómo imponerse cuando le salen al paso para no dejarla implantar su esclavizador monopolio. Cada día concibe una dilatoria y confía al tiempo su victoria. A Costa Rica aplica todo lo que ha usado en otros lugares rebeldes. La oímos poniendo a sus voceros a afirmar que no acatará las disposiciones del Servicio Nacional de Electricidad que le fijan tarifas moderadas y le impiden abusar de los abonados haciéndoles cobros injustos. El Servicio por su parte echa mano del único recurso a su alcance. Y por cierto el más miserable de los recursos. Porque dejar a la suerte de los tribunales la electricidad de Costa Rica es simplemente remitir a la eternidad lo que pide solución inmediata. Los tribunales de justicia no pueden dar solución rápida al desacato de la Electric Bond and Share a disposiciones del organismo que se creó para regular nuestra electricidad. Ni siquiera pueden dar solución ajustada a las exigencias de los tiempos nuevos. Llevar a los códigos enredados por el espíritu del rábula un problema grande como el que plantea la Electric Bond and Share negándose a respetar los mandatos del Servicio Nacional de Electricidad es dejar el campo libre para que el monopolio de esa misma empresa eléctrica consume su dominio. La empresa habrá celebrado la decisión y sentirá que allí en el papel sellado está el instrumento más poderoso para que ella acapare todo lo que vino a acaparar en Costa Rica cuando unos hombres previsores la atajaron con la legislación grande. Los expedientes acumulan medios de evadir, maneras certeras de burlar. Y sobre todo alargan y alargan el tiempo.

Cuando el caso viene a resolverse muchos sucesos han devorado la vida del país. Los mayores sucesos son los que envuelven a los mismos tribunales de justicia. ¿Quién no sabe que determinadas influencias políticas, económicas, sociales, son capaces de introducir variaciones en esos tribunales? Hoy se está con un criterio y se aplica una norma de protección resuelta a los intereses de la nación. Pero mañana soplan otros vientos, viene el sol por otro rumbo y entonces aparece el criterio menguado y la norma miserable para tratar los negocios públicos. Los tribunales de justicia sirven nada más que para determinados asuntos. Pero los países no pueden confiarlos todos a los tribunales. Este de la electricidad asediada por la Electric Bond and Share creemos que no debe ir nunca a los tribunales.

El Servicio Nacional de Electricidad concebido como un poder para regular y administrar la electricidad y sus medios de generación en Costa Rica, no ha tenido otro recurso para responder a la insolencia de la Electric Bond and Share que acudir a los tribunales de justicia. Camino errado. Sin embargo, es el camino que se le ofrecía, que le señaló su falta de medios para actuar como poder supremo. ¿Qué puede hacer este organismo contra la empresa eléctrica de infinitos recursos? Nos contentamos con legislar. Es decir, creímos que la electricidad no necesitaba más para salvarse del monopolio de la Electric Bond and Share, que dejar en el goce de dictar resoluciones al Servicio Nacional de Electricidad. Este organismo ha tenido en su Junta hombres de capacidad y de honradez. Los sigue teniendo, pero si ellos ven claro el problema en sus relaciones con la Electric Bond and Share, el país encuentra que las disposiciones que en la solución de ese problema dan no tienen quien las ejecute. Hace falta el poder ejecutor. Hace falta fuerza para un organismo que lucha con la Electric Bond and Share. No hace falta el tribunal de justicia. No son los tiempos nuevos para una justicia administrada por hombres cogidos por leyes caladas hasta lo más hondo por el espíritu mugriento del rábula. Hace falta, sí, mucha fuerza de otro orden en torno a la legislación eléctrica que quiere salvar del monopolio nuestra electricidad. Sin esa fuerza de la nación el Servicio Nacional de Electricidad no pasará de emitir disposiciones para burla de la Electric Bond and Share.

Lo que sucede con la empresa eléctrica yanqui sucede con todas las empresas acaparadoras de los medios económicos de Costa Rica. La Electric Bond and Share hace burla de leyes que la punzan y le recuerdan que la electricidad no será aquí para venderla a precio fenicio. Pero la United Fruit Company viene haciendo igual escarnio desde hace muchos años. Sembró banano para convertir en feudo grandes regiones nacionales. Encontró leyes contra el feudalismo de la tierra y las burló. Pidió leyes para ejercer su industria frutera y las burló. Sin embargo, nadie le ha pedido cuentas jamás. Ni ella ha estado dispuesta a darlas. Hay en la historia de esta Compa-

ñía el más amargo ejemplo de lo que es el desacato llevado a los tribunales de justicia. La United Fruit Company ha podido enredar problemas en los códigos y se ha burlado de ellos. Es ya una veterana en el litigio. Por esto ha perdurado y después de cuarenta años la encontramos todavía desacatando contratos que hizo darse con la promesa de que los cumpliría para la salvación económica de Costa Rica. Y no hay fuerza que la obligue. La nación no cuenta con esa fuerza para obligar a que las empresas extranjeras vandálicas no la burlen miserablemente.

Y así como tenemos hoy ejemplo de dos empresas para las cuales Costa Rica sólo es campo para el negocio sin honra, así, conforme vayamos abriendo la puerta a las que piden las rutas aéreas y otros medios de transporte, tendremos más tarde multiplicados esos ejemplos. Ninguna empresa nacida por mandato del imperialismo para operar en estos países tiene normas de respeto para acatar legislaciones que las ciñen y las limitan. El imperialismo es múltiple. Es además inescrupuloso. Cualquier recurso es bueno para no malograr uno obstáculo. No nos extrañe entonces ver a la Electric Bond and Share voceando su desacato contra disposiciones del organismo que fué concebido como poder controlador de nuestra electricidad. Entiende lo que significa un organismo sin medios para compelerlo. Entiende lo poco que puede un organismo al cual no lo rodea ninguna fuerza grande la nación, esto es, ninguna fuerza que la nación usa por medio de sus poderes para tratar aquellos negocios públicos que requieren por su gran magnitud y trascendencia que tengan solución inmediata.

Mas, el desanimo no debe matarnos hoy que encontramos a la Electric Bond an Share extendiendo sus recursos para imponerse. Grandes son esos recursos y temibles por el poder que encierra no sólo en los propios Estados Unidos, en donde la fuerza nacional sí la sienten amparadora los organismos nacidos para ejecutar legislaciones previsoras, sino también en paisecillos de minúscula significación geográfica. Pero movamos opinión y volvamos a nuestra legislación eléctrica. No la descuidemos y pensemos que si por azar tenemos ahora esa legislación, por una voluntad grande debemos conservarla y hacer que rija. No nos contentemos con verla impresa. No cometamos la simpleza enorme de confiar al Servicio Nacional de Electricidad la vigilancia y defensa de nuestra electricidad nacionalizada y sus medios de generación. Hagamos que la fuerza nacional que acude en defensa de otros asuntos grandes de la república, acuda también al Servicio Nacional de Electricidad y haga de este organismo un verdadero poder, el poder que la legislación tuvo en mira crear. No olvidemos que la lucha es de importancia. La Electric Bond and Share vino a monopolizar y en ese empeño está hace muchos años. Acusémosla, denunciémosla. Y por encima de todos los recursos de defensa que podamos usar, digamos que el problema de la electricidad no debe jamás quedar en manos de los tribunales de justicia. Los tiempos nuevos separan ciertos problemas de los códigos y piden para ellos el trato de todo problema nuevo. La electricidad es de las generaciones venideras. No nos cansamos de decirlo mientras veamos la amenaza de la Electric Bond and Share. Y para que no la reciban encadenada exijamos que las relaciones entre el Servicio Nacional de Electricidad, ejecutor de las legislaciones eléctricas, y la Electric Bond and Share las resuelva la fuerza que la nación tiene dispuesta para sus asuntos de valor trascendental.

Juan del Camino

Costa Rica y julio del 34.

Santa Cecilia

(Palabras dichas por el Licdo. don JOSE ALBERTAZZI AVENDAÑO, en el Teatro Nacional, con ocasión de la Fiesta de Santa Cecilia)

= Envío del autor =

Señores:

Se reunen hoy los músicos de Costa Rica para festejar a su Patrona y para hablarle en el lenguaje que más grato puede serle a ella: el de la nota alada que va a buscarla a su mansión de luz. Y encanta imaginar que en este día millares de orquestas, repartidas en todos los rincones del planeta, unas horas más allá o más acá, caprichos de meridiano, realizarán este homenaje; y así la tierra será en el día de hoy como una inmensa arpa, tremante y vibradora de una dulcísima armonía, cuyas cadencias no se riegan en la tierra sino que ascienden, como el humo de la hoguera del hermano justo, hacia el azul purísimo de la leyenda inmortal.

Pensad en estotro que tiene la adorable apariencia de un sueño. Es Sidney, en la Australiá contemporaneizada; es Oslo, blanca águila boreal; es Buenos Aires, recostada indolentemente en su Plata rumoroso; es Argel, posada como una madeja sensual sobre su arena tibia y bajo su sol espléndido; es Dublín, la cuna de Wellington y Sheridan, abierto en perpetua vigilia como un ojo avizor sobre Inglaterra; es Junau, en la fría y abandonada Alaska; es la ciudad de México, tormentosa y casquivana, que canta en la armonía de sus palacios y se queja en el acento de sus mayas; es Nápoles, saciedad de toda gloria, pues que desde antiguo dice la sentencia que ver Nápoles y después morir, no sin llevar en las pupilas, como lo pedía el cantar del bardo colombiano, el azul de su cielo incomparable; es Viena, es Tokio, es Bogotá, es Madrid... son todos los poblados del mundo en las mil variedades de sus instrumentos de cuerda y de viento y en las mil complicaciones de sus tonos y de sus aires: la guitarra en el tango, el tiple en el bambuco, el piano sentencioso que se destaca dirigiendo, el violín que amonesta o que solloza, la flauta que es un ruiseñor sin alas, el violoncello que canta con la voz de una emoción ahogada; es la cueca de Chile, el joropo de Venezuela, la rumba de Cuba, el pasillo de Colombia, el corrido de México, el pasacalle de España, el lied del Rhin, la tarantella de Italia; son todas las notas y todos los aires y todos los tonos en los instrumentos de todos los músicos, que hoy se alzan, como una columna de humo perfumado del mejor de los inciensos, hasta el trono inconsútil y eterno de Santa Cecilia.

Se dice de esta Santa que tenía una distinción de abolengo; que era bella con la belleza excelsa de los elegidos; que hablaba con Dios cantando, acompañándose de un instrumento musical; que tuvo la fortaleza de las mujeres fuertes del Evangelio, pues que hizo de su virginidad el mejor poema de armonía y que la mantuvo, como una lámpara votiva sobre el lecho nupcial y que, convertida en el hilo de una luz de una cadencia, es hoy una de las más preclaras figuras del calendario católico.

Hacen bien los músicos de Costa Rica, cigarras en el erial de nuestra vida, de reunirse para honrar y glorificar a su patrona: así probarán la fuerza de su cooperación y se darán cuenta de si el público, en cuyo seno ejercitan sus actividades artísticas, es digno de su preocupación y de su esfuerzo, y así hasta podrán intentar la defensa de esa invasión de música mecánica que amenaza, como una granizada cruel, arrasar el jardín en flor de este arte inmortal. Los que andan por la vida en los plebeyos menesteres del interés pequeño o del utilitarismo egoísta, que bajen sus ojos a la tierra y que en ella encuentren sus ídolos de carne o de mármol; los artistas, los que en la tormentosa noche de la Beocia ambiente se forjan la mínima aurora de su delicadeza espiritual, que alcen los ojos hacia arriba, como en una superación de azul, y los músicos que los bañen en la belleza extraterrena de Santa Cecilia y sus almas en el encanto inenarrable de su armonía.

Escenas reales de la crueldad nazi

Por HEINRICH MANN

= De *Crítica*, Buenos Aires =

EN LA CALLE

En Berlín, plaza de Nuremberg. Una de las casas está cubierta de arriba abajo con una imagen del "fuhrer". Cada transeunte, al pasar, exclama según es regla, con la mano en alto: "¡Viva Hitler!".

(Un hombre pide fuego a otro. De repente, da un salto atrás).

—¡Habéis aplastado mi cruz swástica!

—¿Yo? Al contrario. ¡Viva Hitler!

—Es el marxismo disfrazado. Mi deber es denunciarlo.

(Se dirige a un miembro de las tropas de asalto):

—Detened a ese individuo. Acaba de aplastar mi cruz swástica.

El inculpado.—Yo soy ario y antimarxista. ¡Dejadme en libertad, camaradas!

El miembro de las tropas de asalto.—Un momento. La cruz swástica que lleva en el pecho ha sido humedecida. Es saliva.

El inculpado.—No es saliva mía.

Un testigo.—Sí. Yo lo ví.

Otro.—El pidió fuego a propósito a este señor, con la preconcebida intención de aplastar la cruz swástica.

El hombre de la swástica.—¿Qué es lo que dice usted?

El miembro de las tropas de asalto.—¡Sígame!

El inculpado (dejando escapar un grito de terror.— ¡No! Lo aclararé todo. Es mi dentadura postiza...

El hombre de las tropas de asalto.—¡Su dentadura me importa poco! ¡Vamos! (Lo toma del brazo).

El inculpado (desesperado).— ¡Viva Hitler!

(Cae sobre la swástica del hombre de las tropas de asalto).

El miembro de las tropas de asalto.—¡Sorprendido en el hecho! Tu asunto será planteado entre nosotros en la comisaría.

El inculpado. (Preso de estupor al alejarse de la enorme imagen, grita con todas sus fuerzas.— ¡Viva Hitler! ¡Viva el "fuhrer"! ¡Viva el amigo de los obreros! ¡Viva el canciller del pueblo!

(Los señores bien vestidos que se encuentran en el despacho, vociferan antes que nadie y alzan el brazo más alto que todos los hombres mal vestidos).

Una mujer, en medio de esa aglomeración, aprieta el puño en dirección a la imagen del "fuhrer".

—¡Un extranjero!

(Hombres de las tropas de asalto que acompañan a los personajes se arrojan sobre ella y la sujetan de los brazos, lo que provoca gritos de dolor de la mujer).

Los hombres de las tropas de asalto.—¡Insultar al "fuhrer"! Esta bruta marxista aprenderá a conocernos.

La mujer.—Yo no he dicho de ninguna manera la palabra austriaco. Es ruso blanco lo que yo quería decir. Allí está la policía auxiliar. Ha vaciado el cráneo de mi marido que se cuenta entre los desaparecidos. Ahora está permitido a un extranjero matar a un alemán.

(Un hombre de las tropas de asalto levanta la blusa de la mujer y en el reverso descubre la estrella de los soviets).

El hombre de las tropas de asalto.—He aquí el florero de las rosas. (La mujer recibe varios golpes de garrote. Trastabilla).

El inculpado de haber aplastado la cruz swástica. (Con más entusiasmo que ningún otro). —¡Mueran los traidores! ¡Abajo Marx! ¡Viva Hitler!

El hombre de las tropas de asalto que lo arrestara.— ¿Por qué entonces aplastó la cruz swástica?

El inculpado.—Fué contra mi voluntad, se lo aseguro.

El hombre de las tropas de asalto.—Fueron dos veces.

El inculpado.—Es esta dentadura la que causó la tragedia.

Un hombrecillo, de cabellos rizados.—Yo me ofrezco para dar la explicación científica del asunto; soy dentista.

El hombre de las tropas de asalto.—¿No es usted judío?

El hombrecillo.—Apenas. Entre mis alemanes cuento algunos de cabellos rizados como nuestro Goebbels.

El hombre de las tropas de asalto.—¡Insolente! Usted ya no tiene autorización para explicar más, sea lo que sea, sobre todo científicamente. La ciencia es el marxismo disfrazado. Os declaro arrestado.

(Suelta el brazo del hombre inculpado de haber aplastado la cruz swástica. Este de un salto desaparece enloquecido de entusiasmo.

El hombrecillo de los cabellos rizados es conducido preso mientras recibe puntapiés en el trayecto, oyéndose gritos terribles desde una calle cercana).

EN UN CAMPO DE CONCENTRACION

Comandante de guardias.— ¡Adelante! ¡Vientres al suelo! ¡Adelante!

(Durante veinte minutos, todos se arrojan con el vientre al suelo, saltando. Los que no lo hacen con la debida presteza, es porque tienen las piernas heridas a golpes de fusta).

Descanso. Todos, jadeantes, se dejan caer sobre el suelo.

(Dos hombres dan tumbos durante un rato antes de encontrarse).

—¿También usted ha caído aquí, señor Zielke?

—Me tomé esa libertad, señor Blom.

—¡Habla de libertad!

—El año pasado chocamos en la cámara sindical, uno cerca del otro.

—La cámara sindical de farmacéuticos ha sido "armonizada" después.

—Es la misma cosa para los drogueros.

—¡Puedo yo alguna vez haber tropezado con mis pies con los suyos!

—Eso es lo que digo por mi parte.

—Jamás nos apercibimos de las supercherías de ese Traber.

—Ciertamente, él hablaba muy diferentemente con nosotros de lo que lo hacía con usted.

—A nosotros los droguistas nos prometía la venta libre de todas las mercaderías de farmacia, siempre que diéramos los votos a los nacional-socialistas.

—A nosotros los farmacéuticos nos juraba que, conforme llegara el tercer

imperio, todas las droguerías serían clausuradas por siempre.

—Yo fuí demasiado desconsiderado al desenmascararlo.

—Yo cometí el error de confirmar vuestras palabras. Es por eso por lo que me encuentro aquí.

—Ese Traber nos ha denunciado. Nos ha anotado, seguramente, en una de las listas.

—En tanto, nos vemos obligados a dedicarnos a la cultura física.

—Y a dejarnos azotar los pies a fustazos.

(Murmuran más bajo).

—Pero Traber se halla en la misma situación que nosotros.

—No es posible. El sabe desenvolverse.

—Lo han prendido de igual manera. Una de sus tías es judía. Por otra parte, hace mucho que lo sabían.

—¿Lo ha visto usted?

—Usted también puede verlo. Es el hombre encargado de traer la olla.

—Ese de allí no es reconocible.

—Es él, sólo que le han herido un ojo.

—No, señor Blom, usted no me hará creer nunca que ese es el viejo Traber.

Una voz de mando.— ¡Arriba!

(Se esfuerzan por levantarse).

La voz.— ¡Vientres al suelo!

(Se arrojan con el vientre sobre el suelo).

Un jefe.— ¡Meyer, del Banco de Comercio! Aquí aprenderás a conocernos.

Un prisionero.—Metzger, antiguo empleado del mismo Banco. Despedido por incapacidad. Tengo el placer de decirle que usted merece la situación en que se encuentra.

El jefe.—El placer es mío, ciertamente.

(De un fustazo, hiere las piernas de su interlocutor).

El prisionero.—Gracias. Usted lo hace porque le pagan por esto.

—El jefe. ¿Hiere entonces? ¡Debe hacer daño!

El prisionero.— ¡Lamentaciones! Un día me va a dar un ataque al corazón y tendré que quedarme en el suelo sin su permiso.

El jefe.—No. Te apretaré el cogote. Tú debes ser un loco. ¿Cómo es que estás aquí. Tú nunca fuistes marxista.

El prisionero.—No sé cómo ha ocurrido.

El jefe.—En el Banco has dicho delante de colegas. "Haría falta encontrar a alguno para acabar con él". Todo el mundo comprendió lo que querías decir.

El prisionero.—Es eso. Entonces usted me ha denunciado y para empezar fuí llevado a la prefectura de policía.

El jefe.—Era una advertencia que debiste entender. Pero tú, ciertamente, eres un alocado, Meyer. Después de tu regreso, te preguntamos cómo había sido. Y respondiste: "A mí no me han hecho gran cosa, pero en mi celda los muros estaban manchados de sangre..." Naturalmente, yo hice mi informe.

El prisionero.—En recompensa de eso lo han hecho jefe. Ha obtenido lo que quería, Metzger.

El jefe.—Tú también, Meyer. De aquí no saldrán con vida.

(Levanta la fusta. La deja caer en seguida).

El jefe.— ¡Para qué hacerlo con un individuo de tu especie!

Una mujer.—Aquí, aun yo misma, aprendo muchas cosas.

Otra mujer.— ¿Qué es lo que aprende?

La mujer.—Esos hombres se resienten de que yo conserve el dominio sobre mí misma. A ellos también los he hecho correr en cuatro patas con sólo gritar: ¡Viva Hitler!

La otra mujer.— ¿Cuál es, entonces, su ocupación?

La mujer.—Ese es asunto mío. Llevo botas de marroquí rojo.

La otra mujer.—Entonces usted es una sádica. ¡Es a causa de eso que os han metido aquí?

—La mujer.—Todo lo contrario. No estaba bastante entrenada. Ya poseía un lecho de tortura, pero eso era juego de niños. Los hombres de las tropas de asalto se llegaron hasta mí para preguntarme acerca de mi lecho de tortura. Pero yo les dije: "No lo vi ni lo conozco". En seguida descubrieron mis cadenas y mis látigos. No es sino al fin cuando descubrieron mi lecho y les hice creer que servía para los esfuerzos de mi macaco.

La otra mujer.— ¿Esos imbéciles creyeron eso?

La mujer.—Sin dolor. No es a causa de mis botas y las cadenas que me condujeron a la prefectura de policía. Desgraciadamente, esos jóvenes no estaban muy familiarizados con estas cosas. Me condujeron a un corredor en que no se estaba nada bien. Allí había imágenes. Yo no me fijaba en nada, pero me hicieron admirar una. Representaba al antiguo prefecto marxista.

La otra mujer.—Un simple obrero. ¡Pensar que él nos gobernaba!

La mujer.—Le habían hecho una nariz judía y en la mano tenía una fusta. La inscripción decía: "Es a golpe de fusta como vamos a echar a Hitler a través de la frontera".

La otra mujer. (Bajando más la voz).

—Pero nunca lo hizo.

La mujer.— Después me fijé en las otras imágenes. Muchas fotos faltaban de los marcos, deshechas otras a pedazos. La comida era cruda y manchada con sangre.

La otra mujer.— ¡Usted es una sádica!

La mujer.—Yo me desmayé.

La otra mujer.— ¿Es por eso que está aquí?

La mujer.—Es por haber visto eso sin poderlo soportar.

(Dos escenas más en la próxima entrega).

LETRAS CATALANAS

El "Epistolario" de Juan Maragall

Por CARLOS SOLDEVILA

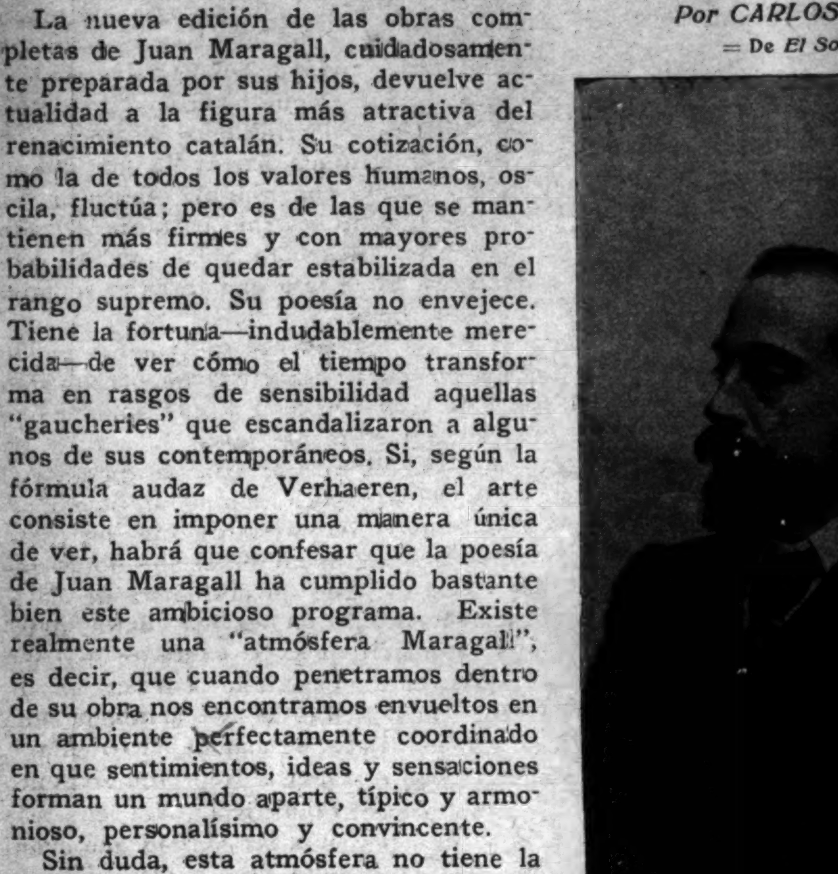
= De *El Sol*, Madrid =

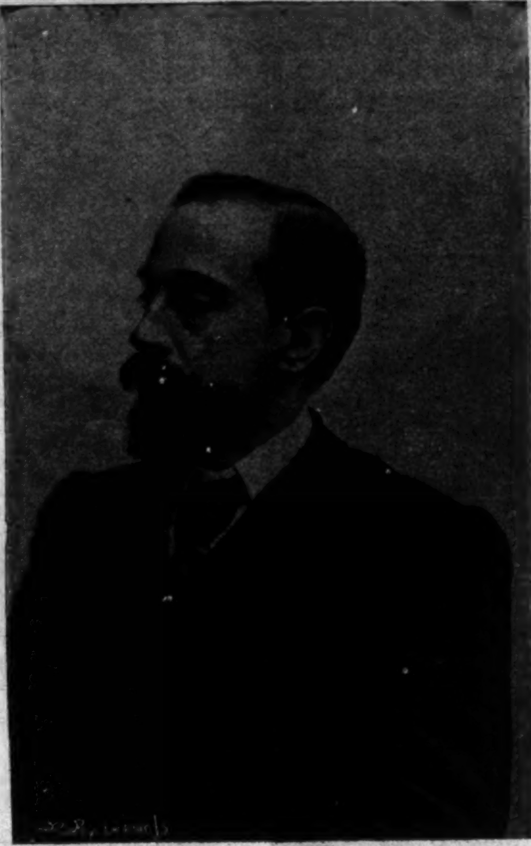
La nueva edición de las obras completas de Juan Maragall, cuidadosamente preparada por sus hijos, devuelve actualidad a la figura más atractiva del renacimiento catalán. Su cotización, como la de todos los valores humanos, oscila, fluctúa; pero es de las que se mantienen más firmes y con mayores probabilidades de quedar estabilizada en el rango supremo. Su poesía no envejece. Tiene la fortuna—indudablemente merecida—de ver cómo el tiempo transforma en rasgos de sensibilidad aquellas "gaucheries" que escandalizaron a algunos de sus contemporáneos. Si, según la fórmula audaz de Verhaeren, el arte consiste en imponer una manera única de ver, habrá que confesar que la poesía de Juan Maragall ha cumplido bastante bien este ambicioso programa. Existe realmente una "atmósfera Maragall", es decir, que cuando penetramos dentro de su obra nos encontramos envueltos en un ambiente perfectamente coordinado en que sentimientos, ideas y sensaciones forman un mundo aparte, típico y armonioso, personalísimo y convincente.

Sin duda, esta atmósfera no tiene la extensión que alcanzan las creadas por otros ingenios literarios. Ello no procede precisamente de la debilidad de su estro, sino de la dirección exclusiva en que quiso proyectarlo. Sólo el dramaturgo y el novelista abarcan grandes zonas humanas y pueden teñirlas con sus colores; un poeta como Maragall por fuerza debe limitar el área de sus conquistas. Pero dentro de esta limitación resulta tan inconfundible como el que más lo sea.

La nota inédita y sensacional de esta reedición de sus obras completas ha sido la inclusión de un epistolario. ¿Por qué? ¿Acaso las cartas particulares revelan un aspecto del hombre o del poeta que no pudiese presentirse a través de su obra? ¿Por ventura contienen confesiones escandalosas? Nada de eso. Las doscientas cartas que han visto la luz pública en el primer volumen del "Epistolario" de Maragall no reproducen el caso, frecuente en otras literaturas, de abrir una brecha entre la personalidad pública y la personalidad privada. El rompimiento sutil que producen entre algunos aspectos de la poesía o de las doctrinas estéticas de Maragall y las que aparecen como sus reacciones íntimas no constituye el menor motivo de sorpresa, ni menos de escándalo; basta un puente brevísimo y baladí para restablecer entre ambas una comunicación fácil y normal.

Entonces ¿de dónde proviene la sensación? Hay que explicar las cosas desde el principio. En Cataluña, durante las últimas décadas, hemos padecido una enfermedad cuyo nombre científico no acierto a encontrar en este momento, pero cuyos síntomas me son perfecta-





Juan Maragall

mente conocidos. Se trata del prurito de dar a todas las personalidades destacadas o eminentes una mano de barniz santificante. Si nos descuidamos, la historia de nuestra literatura iba a convertirse en una antesala de la hagiografía, y una galería de catalanes ilustres iba a confundirse con una colección de iconos.

Es probable que alguien se apresure a decirme: "¡Imprudente! ¿Va usted a renegar de una cosa tan noble y tan digna como el culto a los héroes?" No, señor; no voy a renegar de este culto. Precisamente porque conozco su eficacia me empeño en defenderlo de sus imitaciones. La manía de distribuir aureolas a troche y moche no sólo no contribuía a crear una mitología heroica, sino que abarataba peligrosamente la entrada en el cielo.

Es claro que toda empresa de popularización de un personaje lleva consigo un inevitable proceso de simplificación. El pecado no es grave cuando esta operación se realiza tomando por base los rasgos efectivamente fundamentales del hombre o de la obra. La torpeza consiste en simplificar falsificando. No nos estorban los santos y los héroes auténticos; son la sal del mundo. Pero juzgamos severamente las estampitas monjiles, que ni edifican ni seducen.

Y toda la sensación que produce este primer libro del "Epistolario" de Juan Maragall no tiene otro origen que éste: el desorden que introduce en un mito que ya se consideraba a punto de consolidarse. A través de estas cartas íntimas, escritas en el más completo abandono y que registran con delicadezas de sismógrafo los vaivenes de la conciencia, se descubre a un hombre noble, cordial, bien intencionado..., pero a un hombre.

Cuanto las poesías dejan entrever cuando no nos deslumbran con su luz viva, cuanto sus artículos sugieren tenuamente entre reservas y precauciones, en estas cartas aparece con una desnudez impresionante. Entramos en contacto con un Maragall que ha sentido veleidades byronianas, que sabe mostrarse mordaz y que gusta de la caricatura, que usa con desenfado las expresiones populares, que ha resuelto su problema religioso mediante un subjetivismo exaltado, sólo conciliable con el dogma en el terreno poético; que entra en la Redacción del venerable "Diario de Barcelona" y acepta la secretaría de D. Juan Mañé, oráculo de la burguesía, por mera curiosidad o comezón experimental... En fin, un personaje mil veces más rico, interesante y simpático que la figura plana que nos íbamos acostumbrando a contemplar.

"Azorín", en un artículo que contiene algo de lo más fino e inteligente que se ha dicho en castellano acerca de Maragall, analizó su entusiasmo por la filosofía de Nietzsche. "Azorín" y cuantos habíamos leído los artículos del "Diario de Barcelona" imaginábamos que el poeta, en un momento dado, se asustaba de su temeridad y se apresuraba a echar agua al vino. A la luz de estas cartas se puede asegurar que su espanto era, si acaso, muy módico. Lo que realmente le obligaba a frenar bruscamente sus fervores y a terminar con una frase entre alarmada y cándida ("¿A dónde iríamos a parar?") no era el susto propio, sino el susto que iban a tener los pacíficos lectores del viejo Brusi.

Sería ridículo dedicarse, siguiendo una moda que tal vez se halla en crisis, a discutir si Juan Maragall era una personalidad de izquierda o de derecha. El mismo es evidente que no lo supo ni lo quiso saber nunca y que se pasó la vida dejándose querer por los dos bandos. En este aspecto resulta extraordinariamente significativa una carta del 93 en la que se da perfecta cuenta de lo paradójico de su posición: colaborador a un tiempo del órgano de la burguesía tradicionalista y de "L'Avenc", órgano de los catalanistas anarquizantes. Y lo sorprendente del caso es que en ambas colaboraciones se conservó fiel a sí mismo, y únicamente mediante la oportuna aplicación del pedal celeste o del pedal fuerte dió a su magnífica sonata la sonoridad compatible con cada medio.

Y si me obligase a declarar cuáles me parecen las notas dominantes de tal sonata, creo que no vacilaría en resumirlas en tres palabras: Amor, Libertad y Pureza.

Nuestra juventud

Por PIO BAROJA

= De *Ahora*, Madrid. Envío de *J. del C.* =



Pío Baroja
(1924)

Apunte de *J. Moreno Villa*

El escritor, cuando llega a viejo, convierte con frecuencia su actividad en oficio y ya no se ocupa mucho de lo que piensan de él.

Es lo que me pasa a mí. A veces me decían:

—Hay un periódico que se mete con usted.

—Bueno; ¿qué importa?

—¿No lo va usted a leer?

—No. ¿Para qué?

Con este régimen y con no asistir a cafés y a reuniones literarias puede uno trabajar con la misma tranquilidad serena que un obrero.

Esta tranquilidad apacible se perturba a veces donde menos se piensa; en una conversación de un café o de un hotel de una capital de provincia a donde se llega con propósitos de descanso o de turismo. Dos o tres jóvenes aficionados a la literatura se acercan al escritor que va de Madrid; con curiosidad y con sus preguntas van como removiendo el légamo que lleva todo el mundo en su alma, y el literato como todo el mundo, aunque quizá en éste ese cieno sea más flúido y más capaz de enturbiar rápidamente las ondas del espíritu.

Escucho a estos jóvenes que se acercan a mí, gente amable. Yo no sé por qué les interesa la juventud de mi tiempo y por qué en mis libros quieren ver las razones personales del autor al escribirlo más que su mejor o peor realización estética. Tampoco comprendo por qué en las obras de otros escritores se contentan con examinar si cumplen su propósito literario, sin pensar en la vida del que las hizo.

¿Es que nosotros éramos interesantes de verdad? Yo no lo sé. ¿Es que ha habido en estos cuarenta años un cambio de atmósfera espiritual y ha hecho que ese tiempo antiguo en que éramos jóvenes nosotros tenga alguna sugestión? Tampoco lo sé.

Lo que veo es que la época de mi juventud tiene todavía interés para los literatos nuevos. No se ve la razón. No era una época de grandes hombres ni de interés histórico, y, sin embargo, la curiosidad existe. Puede que diéramos sin saberlo en algún punto doloroso, en alguna cuerda sensible del país.

Esta curiosidad se advierte, sobre todo, en las ciudades castellanas. Es menor en Valencia, en Cataluña, menor aun en Vasconia y no existe en Andalucía.

Entre los amigos vascos ninguno me ha preguntado si la época de mi juventud era más interesante que la actual. Los que leen mis libros me consideran como un escritor bueno o malo, pero como un escritor individual, sin relación apenas con el ambiente.

En Andalucía la indiferencia por los escritores de ayer y de hoy es completa. Hace dos años un joven cordobés me decía:

—Ahora estoy leyendo los libros de ustedes, porque como soy abogado quiero aprender a hacer informes.

Es el practicismo, que entre gentes de espíritu rapado le considera una gran cosa. ¡Cuando en Inglaterra, el país más práctico del mundo, corrían veinte millones de ejemplares de Dickens, el autor más romántico de Europa!

En las ciudades de Castilla que se reflejan en Madrid es donde hay una preocupación por la juventud de los escritores de hace treinta o cuarenta años.

¿Es que se cree que se ha salido de una época oscura y nefasta y se ha pasado a otra mejor y más clara? No parece que ésta sea la causa. El interés es más sentimental y generoso.

Cuando me preguntan cómo era nuestra juventud, yo digo que era más bien triste que alegre, más agria que sonriente, más vulgar que extraordinaria.

—¿Había de verdad bohemios? Estos bohemios ¿eran auténticos?—me dicen.

Yo me encojo de hombros. ¿Quién sabe si aquellos bohemios eran auténticos o no?

¿Por qué se habla de esa generación del 98, que yo, la verdad, creo que no ha existido? No lo comprendo.

Al referirse a la generación del 98 se me hacen preguntas sobre "Azorín" y sobre mí. A los demás escritores del tiempo se les juzga individual e independientemente.

En esto los jóvenes que me hablan coinciden con Valery Larbaud, que, mirando la cuestión desde fuera, dijo que no creía que existiera en España esta generación del 98, pero que si existía, la formábamos "Azorín" y yo. Es difícil que dos escritores solos formen una generación. A "Azorín" se le relaciona con Gabriel Miró, a quien se le tiene como un continuador suyo.

Uno de los jóvenes me dice riendo que hay quien considera a esta generación del 98 como un grupo de apóstatas y traidores que ahora viven agazapados, disfrutando de las sinecuras de la República.

—Sí; al parecer—le contesto yo—, somos en el campo literario algo como pequeños Talleyrand y Fouché, que, después de cultivar la demagogia, terminan de príncipes y de duques con fortunas fabulosas y viviendo en palacios espléndidos. Ahora, donde están las sinecuras, los palacios y los millones yo no los he visto por ninguna parte. Yo por ahora, no he topado con ninguna sinecura. Es posible que no sea uno bastante avisado para eso. Respecto a los medios económicos, tiene uno que trabajar lo mismo que antes.

Uno de los jóvenes me cuenta riendo una anécdota respecto a mi brusquedad que le contaron a él y que supone que será completamente falsa.

—Completamente falsa—le digo yo al oírla—. Hace poco tiempo un joven estudiante de Arquitectura que me paró en la calle me habló de las anécdotas que le había contado un periodista de Zaragoza acerca de mí, en las cuales, naturalmente, yo quedaba bastante mal parado; entre ellas, una ocurrida en un baile de máscaras al que acudimos una vez el periodista de marras, el Dr. Marañón y yo. "¿Es cierto eso?", me preguntó el estudiante. Podía serlo. No tiene más inconveniente para ser verdad que cuando yo iba alguna vez a los bailes de máscaras, cuando tenía veintitrés o veinticuatro años, Marañón tendría entonces tres o cuatro, y no cabe duda que podía haberlo llevado en brazos, si hubiera habido esa costumbre, al baile. Respecto a ese periodista de Zaragoza, no lo he visto en mi vida.

—Esa invención de anécdotas acerca de una persona indica, evidentemente, preocupación por ella—me dice un interlocutor.

—Sí, pero es una preocupación hostil no muy agradable. Sobre todo cuando se hace uno viejo prefiere el silencio a la hostilidad.

—Pero a usted no le molestaba antes la hostilidad. Está bien eso de tener sólo amigos y enemigos.

—Sí, quizá; pero hay cosas feas que son desagradables.

—Por ejemplo...

—En esta última época han venido a mi casa tres o cuatro americanitos con adulaciones y sonrisas y luego ha visto uno que han escrito algo contra mí con ese fondo de mala voluntad un poco ruin que hay en la mayoría de los escritores hispanoamericanos. A mí no me importa mucho que hablen mal de mí; pero leer un insulto y recordar una sonrisa no es muy grato; da una impresión triste del hombre.

—Los americanos dirán que le atacan a usted porque usted ha dicho que América es el continente estúpido.

—Sí, pero salir a defender a un inmenso continente con sus montes y sus enormes ríos hablando mal de un señor que vive en España es tan ridículo que no se le puede ocurrir más que a un escritor americano. Además, que no es lo mismo hablar mal de un continente que de una persona. Hablar mal de un

continente es como hablar mal de la luna. Yo, al menos, no sería capaz de ir a visitar a un hombre sonriendo, con la intención de denigrarle después. Esto mismo me impide el ir a Rusia, a donde me han invitado alguna vez. El ir allí con la cara amable y la intención aviesa de escribir mal de lo visto me repugna.

—Los antepasados hidalgos se estremecerían al saber en su descendiente una acción tan poco noble.

—Por lo menos, a mí me desagrada la idea.

—Romanticismo.

—¿Por qué romanticismo? Un poco de probidad.

—¿Usted no se considera contradictorio?

—¡Hombre! Contradictorios todos lo somos, poco o mucho; pero no es lo mismo ser contradictorio que tener doblez.

—Bien. Si usted tiene esa tendencia puritana que ahora manifiesta, ¿cómo se explica esa afición suya a la vida irregular de bohemios, de anarquistas y de golfos?

—Pues yo creo que se explica. Yo en la juventud era un buen caldo microbiano para todos los gérmenes de la calle. Así ha sufrido uno las fermentaciones e infecciones de la época. Esta inclinación innata a la vida desordenada y laxa era para mí un peligro. El café, el alcohol, el tabaco, el noctambulismo, las horas pasadas en conversaciones interminables me atraían. Yo, que no he podido convivir con los políticos ni con las personas serias, me he encontrado muchas veces, al día siguiente de llegar a un pueblo, con gente desarraigada como yo a la que parecía conocer de toda la vida y que me tenían como uno de los suyos

—Lo que le pasa en estos momentos.

—Es verdad. Para luchar contra esa tendencia descendente mía no tenía más remedio que retraerme, aislarme.

—Sí. Es una explicación. ¿Y usted cree haber sido consecuente con sus ideas?

—Creo que sí. Yo he tenido cierta perseverancia y fidelidad a mis ideas.

—Pero ha sido usted anarquista.

—Nunca. De los que creen posible una sociedad paradisíaca sin Estado, sin Policía, regido por un libre acuerdo, nunca. Con más cultura filosófica hubiera sido un kantiano. En cuestiones biológicas y sociales me siento darwinista.

—Y en literatura ¿no piensa usted haber cambiado?

—Poco. La literatura es lo que más me ha preocupado, y he pensado en ella no sólo en lo que se considera su fondo, sino también en su forma, en el estilo. Esta preocupación me ha llevado a practicar un contra-estilo que no es, como creen algunos, resultado de indiferencia por la expresión, sino resultado de preocupaciones más o menos justas por ella. Me he batido con el idioma como he podido, buscando el prescindir en lo posible de tópicos y de lugares comunes de pensamiento y de forma.

—Entonces, ¿usted cree que no se puede ir más allá en el estilo de lo que usted ha llegado?

—Con más condiciones se puede ir más allá. ¿Qué duda cabe? Con las condiciones mías, no. Un boxeador que tenga que luchar no puede permitirse el lujo de andar con el pelo largo, ni tener una nariz griega, ni llevar las uñas largas y pintadas como las cupletistas. Necesita primero conseguir la eficacia; después, si puede, alcanzar la elegancia. Lo mismo pasa con el estilo.

—Otra cosa que molesta a muchos lectores suyos es que usted da una idea pobre del amor—me indica uno de los jóvenes.

—Sí; esa es una consecuencia de la petulancia española. Al español le indigna que se le diga que su vida amorosa es pobre, sin dramatismo; pero así es. ¡Qué le vamos a hacer! Yo creo que el país rural que no es rico no tiene una moral libre. Solamente en los países comerciales e industriales de clima blando es donde se destaca la personalidad de la mujer y triunfa el amor apasionado. En nuestro hemisferio se ve que a medida que se sube al Norte en la dirección del meridiano, la mujer es más independiente y tiene más carácter. ¿No es evidente que una de las figuras más destacadas de la literatura española es Dulcinea del Toboso, que no existe más que en la imaginación de un hombre?

—Es posible, pero hay que reconocer que eso va cambiando.

—No lo sé, pero lo dudo mucho. Supongo que el español y la española se entusiasman con la aventura romántica y peligrosa de amor en el libro, en el teatro y en el cine más que en la vida. En la vida aceptan con entusiasmo el amor pedestre del matrimonio, que es el amor por el sistema métrico decimal.

—¿Por qué lo dice usted?

—Porque así lo he notado. He conocido en una capital de provincia una mujer muy guapa casada con un señor un poco viejo que afirmaba categóricamente que la pasión existía, pero que se podía dominar siempre. ¿Siempre?—le preguntaba yo —. "Siempre". Entonces no hay pasión, no hay peligro. El español y la española en este asunto, como en otros muchos, quieren el trozo de hierro que sea al mismo tiempo de madera. Erotismo, libertad y moral. Esto pasa en el teatro, no en la vida. El mudo que rompe a hablar a tiempo, el malo que se convierte en bueno, el hombre débil y flojo que de repente se yergue y demuestra que es más fuerte que el fuerte.

—Hay que dar algo a la fantasía.

—A mí eso, más que la fantasía, me parece la mentira. Respecto a esta cuestión amorosa y a la discrepancia entre la teoría y la práctica, recuerdo una conversación que tuve en Behobia con una cómica joven, Amelia Muñoz, muerta prematuramente. Filmaban una novela mía, y los cómicos estaban en una fonda de Behobia. Yo fuí una tarde allí y estuve hablando largo rato con Amelia Muñoz, que me dijo que no le gustaban mucho mis libros porque en ellos el amor no aparecía como iluminado con una luz gloriosa. ¿Qué quiere usted?—la decía yo—; yo he escrito lo que he visto. Ella creía que el amor era y debía ser la preocupación constante de la humanidad. Tenía como un pan-erotismo idealista y romántico. Después, hablando de otras cosas, me contó que había hecho varios viajes a América, y en uno de ellos embarcaron tres compañías de teatro, con lo cual se divirtieron mucho, porque la mayoría de los actores eran jóvenes. ¿Ahí en el barco se desarrollarían muchas pasiones, muchos amores?—le dije yo—. "Nada de eso—me contestó ella—. Todo el mundo estuvo muy correcto, y cuando llegamos a América cada uno de nosotros se fué a su trabajo y se acabó".

—¿Y el amor? ¿Y el pan-erotismo idealista y romántico?—estuve por preguntarle.

—Sí; es posible que esta glorificación del amor apasionado sea principalmente literatura—dice uno de los jóvenes que me interrogan.

Después de nuestra conversación salimos a la calle y paseamos de noche por las calles desiertas. Practicamos el noctambulismo, rito clásico de la mocedad literaria. Vuelven a hablarme de la juventud de mi tiempo.

Al entrar en el cuarto del hotel pienso que la charla nocturna ha revuelto en mí pozos antiguos un poco oscuros de inquietud inútil. La idea de que al día siguiente por la mañana tengo que continuar mi viaje me serena y me hace dormir tranquilamente.

"Pulso y onda"

Por JORGE MAÑACH

= De *El País*. La Habana, Cuba. =

En nuestras librerías ha aparecido, para ese escaso acto de presencia a que suelen atenerse los libros cubanos, uno de poesías de Manuel Navarro Luna, el poeta de Manzanillo.

Es un volumen ancho, más allá de lo convencional, como para que quepan a página traviesa unos versos altaneros, que excediéndose a menudo de la latitud convencional, no se avienen ni a doblarse bajo sí mismos. Titúlase el libro "Pulso y Onda". Lleva una viñeta enérgica de López Méndez en la carátula, y, dentro, un "margen apasionado" y bellísimo del gran prosador que se ha hecho Juan Marinello entre los dolores públicos.

Reconozcamos de entrada que este libro no es para el comentario periodístico. La mera indicación de las dudas y goces estéticos que suscita pide mejor la página de la revista, hecha para la atención y la elaboración escabrosas. En su prisa simple, el lector de periódicos exige una clarificación mucho más neta y rápida que la que permite un libro difícil como éste, cargado de la mística verbal e intencional de la poesía nueva.

Pues ocurre, irónicamente, que aunque una parte de esa poesía está hecha con emoción de multitud, y hasta para la multitud, se puede asegurar sin petulancia alguna que la multitud no la entiende. O que la entiende en la medida en que deja de ser poesía. En vano se pretenderá disimular este problema dramático—y a veces patético—del arte llamado proletario, obligado a producirse entre la consigna política y la voluntad estética a apelar a la inteligencia y sensibilidad primarias de la masa sin dejar de ser poesía, esto es, ronda más o menos ceñida de todos los misterios. Hay una curiosa contradicción en el hecho de que, a medida que la actitud de intelectuales y poetas se hace más obsequiosa hacia las generales ansias humanas, su labor deviene más arcana. Nunca ha sido tan difícil la poesía como ahora que pretende dirigirse al común denominador humano, a las percepciones menos exquisitas.

Navarro Luna resuelve ese problema a su manera. El delicado poeta romántico de antaño, aquel que en 1927, tituló un libro de poesías "Refugio", porque quería mantenerse, con su amada, "lejos del hosco torbellino de la voz humana", ahora pone el oído y la voz al servicio de la gran angustia del hombre y se aplica a "despertar los gritos que están pudriéndose en los surcos". Por él han pasado los últimos cinco años cubanos, que han incendiado las conciencias, que han movilizado los espíritus antes marginales. Poeta, Navarro Luna acude a la tarea grande de liberación, a la tarea social. Y nos da, ahora, este libro—digámoslo ya, hermosísimo—cargado de angustias, de iras y de esperanzas en un albor de justicia. Pero estos poemas de emoción social no pueden estar destinados a la masa oscura con que esa emoción cuenta para realizarse. Son demasiado sibilinos para las entendederas vírgenes. Están dedicados más bien a la sensibilidad muy cultivada. Son una poesía de redención en un. lenguaje de minoría.

Me bastaría, para evidenciar ese compromiso entre la intención y la expresión del poeta, citar, al azar, cualquier trozo de cualquiera de estos poemas. Por ejemplo:

> En la ciudad,
> el viento camina con los labios secos;
> el agua ronca en los charcos dormidos
> donde se ahoga la esperanza
> con una piedra atada al cuello.

Es un fragmento de poema titulado "Canción campesina para cantarla en la ciudad". Todo él está transido de una emoción de rebeldía contra la sordidez creada de la ciudad, contra la explotatación empedernida que en la ciudad se asienta. Frente a ella, sitúa el poeta el ansia callada de justicia que se afila en la nobleza áspera del campo. Pero esta intención no se hace patente sino después de traducir al sentido directo un lenguaje poético hecho de imágenes denodadas, atrevidas hasta el absurdo, bellas por su absurdo mismo.

Lo absurdo es lo que no tiene sentido dentro de la experiencia cotidiana del hombre. Cuando Navarro Luna dice que "el viento camina con los labios secos", está diciendo algo que, en lenguaje de experiencia, carece de sentido. La mente primaria lo considerará una tontería o un disparate. Sin embargo, esa imagen es un hallazgo poético espléndido. Es el puro "hecho poético" de que nos hablaba Federico García Lorca. Porque es bello imaginarse al viento caminando con los labios secos. Sólo que no a todos se da el poder de imaginarlo, ni el gusto de tal imaginación, la percepción de su belleza misteriosa. Toda la poesía de Navarro Luna está creada en ese plano imaginativo heroico, en ese plano del absurdo, ajeno a la realidad de la experiencia.

A veces, sin embargo, un verso se prosifica un poco más, expresa algo inmediatamente inteligible, una verdad de experiencia común. En ese momento, se nos descubre la intención social, que antes estaba diluída y oculta en el clima poético del poema. Y se produce en nosotros una dislocación brusca. De un plano de imaginación se nos baja a un plano de lógica. Y descubrimos entonces que lo que el poeta ha estado haciendo es sensibilizándonos la imaginación en el absurdo poético, para que nos percatemos mejor de la esperanza real, tangible, actual de la existencia humana. A fuerza de mentiras líricas, el poema ha cobrado un sentido dramático, veraz y profundo. En el roce áspero y violento de las imágenes se ha producido una claridad de llama, una claridad roja, que ilumina los perfiles de un mañana justiciero.

Pero yo insisto en figurarme que esta mutación no se produce sino en gentes ya muy advertidas del secreto poético—la lógica del absurdo.

Con el vicio periodístico—y en este caso inútil—de querer explicar, se me han quedado por decir esas otras cosas más fáciles de entender. Navarro Luna ha crecido como poeta. El menudo bardo pueblerino ha tomado, súbitamente, estatura insular. Acaso un poco más. En esta voz henchida se encuentran acentos continentales. Sin dejar de pensar en Navarro Luna, pensamos a menudo en el Lorca grande y en el mejor Supervielle leyendo estos versos de trágica ternura. Una ternura que tiene la obsesión piadosa por el niño y, en él, por la humanidad toda, "que está hundiendo sus lágrimas en el vientre de las tormentas".

Los niños, los locos y los borrachos dicen la verdad. El poeta es una amalgama de niño, de loco, de borracho. Este libro de Navarro Luna tiene de todo eso: una magnífica ternura pueril, una disparatada veracidad, una dramática embriaguez de belleza y de justicia. Es "la presencia feliz de un poeta nuevo", como dice Marinello. O, tal vez más históricamente: de un poeta renovado en el crisol de las últimas angustias cubanas.

Versos de un poeta nuevo de Cuba

= Sacados de *Pulso y Onda*, por Manuel Navarro Luna. Ensayo de Juan Marinello.—Editorial Hermes. La Habana. =

CANCION DEL ANSIA DESNUDA

Desnudemos el ansia
y enterrémosla en el agua tibia de la tierra...
¡Quítale la ropa blanca a la tuya...!
La mía está mordiendo las piedras negras.
Ya roja.
ya fría,
ya desnuda.
Armada y enloquecida,
sangró, como ninguna,
en la pelea.
Cuando el campo era un semillero de blancos estandartes,
ella, armada todavía,
peleaba sobre dos muletas.

2

Yo le arranqué los ojos con mi espada.
¡Búscala en la tierra!
Si cavas un poco más encontrarás sus huesos.
La tierra está florecida de cadáveres.
Cómo florecen debajo de la tierra...!
Y se convierten luego en flores rojas.
en flores verdes,
en flores negras.
Somos los verdugos del sol;
verdugos de la luz blanca.
La tierra está florecida de cadáveres:
cadáveres,
ya hediondos,
del ansia.

3

Sacude los huesos podridos
y la carne nauseabunda;
agita la alegría del hambre
y vamos a correr sobre el ansia desnuda.
Las estrellas más claras brillan sobre el corazón del hambre;
el canto que jamás han oído los hombres
vuela de los nidos del hambre.
El mejor pan lo llevan en sus manos
los hombres hambrientos
que muerden el filo de las calles.

4

Vamos...!
Pon en marcha la risa;
enciende la luz de los nervios;
echa al fuego la ropa del cansancio.
Mayakowski ríe
—¡ya liquidó su cuenta!—
con el rostro florecido, no de rosas verdes, sino de rosas rojas.
¡Nadie,
a no ser él,
pudo escribir la página maravillosa!

5

Hay más sombra,
más fresca sombra
bajo los árboles del hambre.
Las frutas siempre están maduras,
y el zumo chorrea en los labios de los niños que duermen en la calle.
Las ramas encienden sus racimos amarillos
para que los niños jueguen con su luz
y para que los hombres canten.
Siempre sus senos están tibios;
siempre están limpios sus cabellos;
sus manos tienen las mejores sortijas;
el sueño es más hondo cuando late en su pecho.

6

Atiranta las poleas del mar
y atesa los alambres del viento.
En los torbellinos de la fuerza
es el trágico movimiento.
¡Las pupilas del hambre
son los potentes focos del Universo!
Mayakowski:
¡te fuiste de la luz
para meterte
en el agujero negro!

7

Los niños rompen las luces del canto ..
para quedarse, dormidos, sobre el canto.
Ahora está la fatiga despierta:
¿Por qué también no la desnudamos?
¡Quizás pueda correr, desnuda, mejor que el ansia;
quizás pueda sacudir,
mejor que el ansia joven,
los músculos de los caminos desmayaos!

8

En la guerra,
el zumo siempre es dulce;
el pan es siempre blando.
Pero el sueño tiene las manos frías,
y en las manos frías,
pan frío y duro
y zumo agrio.
En el sueño... la sangre camina sobre aguas muertas,
donde el pico del hambre
no rompe las luces del canto.

CANCION CAMPESINA PARA CANTARLA EN LA CIUDAD

Estás lavando la ráfaga de tus ojos
en los manantiales campesinos.
¡Hunde, también, la boca;
hunde, también, las manos;
echa al agua clara los vestidos!
En la ciudad,
el viento camina con los labios secos;
el agua ronca en los charcos dormidos
donde se ahoga la esperanza
con una piedra atada al cuello.
Charcos que no le piden nada a las nubes
porque todo lo tienen en el suelo.
Charcos para cuyo estómago
las alas de las estrellas
serían un buen alimento.

2

Cuando vienen a la ciudad,
los pájaros se ensucian la ropa;
las estrellas,
cuando caminan por sus calles,
tienen,
después,
que mandar a lavar sus trajes.
La mañana,
que viene siempre a la ciudad
con los pies descalzos,
sale de la ciudad
con los pies que dan asco.
¡Pero los hombres pueden vivir entre los remolinos negros!
¡Para los semilleros de la ciudad
la tierra puede abonarse con estiércol!

3

La canción campesina
se desnuda para bañarse en el agua de la montaña;
y sale después, con el pico entreabierto,
sacudiendo las plumas mojadas.
La canción campesina
—espíritu ágil y claro—
picotea la fruta dorada del sol
que la mañana
—camarera con delantal rosado—
le sirve, diligente,
en la mesa limpia del árbol.
¡Que no venga contigo la canción campesina!

¡Tienen hambre,
como nunca,
los charcos!

4

El agua de la noche
remansa su negrura en la soledad campesina.
Unta de miel los labios del silencio
con las frutas del canto.
Coge por los cabellos
a la palabra de los grillos
y la sacude entre la hierba húmeda;
restriega la ropa de los árboles
y les baña los pies a las estrellas;
apacenta los rebaños del sueño
y se va, con la ropa perfumada
y con la cabellera suelta,
a saltar en el río de la mañana.

5

¡Que no venga contigo
el agua de la noche que estuvo en la soledad campesina!
¡Su vestido de albas
se desgarraría entre los dientes de los charcos!
¡Se pudrirían en las bocas infectas
las frutas maduras del canto!
¡Trae agua de los esteros turbios,
en los ojos,
en la boca,
en las manos.

6

El silencio campesino
se baña el rostro en los torrentes de la montaña.
Rostro curtido,
rostro duro,
rostro potente.
Silencio que ignora las blanduras de los lechos tibios.
Silencio que ignora el deleite de las caricias;
que no lleva brillantes en los dedos
ni botonadura de oro en la camisa;
que no lleva pomada en los cabellos
ni lleva peine en los bolsillos.
¡No lo traigas! ¡No lo traigas tampoco...!
¡Deja que siga trabajando
el silencio campesino!

7

Las azadas muerden la carne de la tierra,
y, poco a poco,
la despedazan.
¡En todos los caminos,
en los caminos blancos y en los caminos grises
montones de carne se levantan!
El silencio contrae los músculos curtidos de su rostro;
pero no deja de clavar la azada.
¡Sin hambre,
sin fatiga,
sin cansancio,
el silencio trabaja!

8

¡Trae todas las palabras que encuentres perdidas;
todos los gritos que encuentres desamparados,
y échalos,
si quieres,
en las bocas hambrientas de los charcos!
¡Es una carne inútil
que se pudre en el campo!
¡Pero no traigas el silencio campesino
porque está trabajando!

LEVANTA LOS OJOS...

¡Estas voces perdidas en la oscuridad de la tierra;
este clamor crispado sobre los sueños vencidos;
esta carne transitada por el frío desnudo del miedo;
estas banderas del silencio
izadas en las cimas del espanto...!
¡Y este dolor caído
que se refugia en los surcos despiertos...!

2

¡Cuando los gritos ya estén aptos para las tremendas travesías
y la noche se alce como una cruz inmensa
sobre un semillero de sepulcros;
cuando los ríos desbordados de la muerte
corran por las calles desesperadas del mundo...!
¡Esos niños que están en la vida jugando con las lágrimas...!
¡Esos hombres que ríen...!
¡Aquellas mujeres que cantan...!

3

Pero las madres estarán dormidas sobre las ramas del crepúsculo
o sobre las nubes nuevas que se habrán estrenado las montañas.
Tus ojos correrán despavoridos entre las hojas frías de la noche,
y cuando encuentren el cuerpecito helado del niño que murió sonriendo,
lo alzarás con tus manos anochecidas
sobre la frente altísima de una angustia sin sueño.

5

Aquí está, joven todavía, la sangre que tú le diste a mi cuerpo.
¡Puedes nutrir con ella los músculos de las agonías arrodilladas,
o lanzarla a morir,
sin luz,
sobre los muros de la sombra!
¡Aun puedo abrevar en tus senos una sangre más fuerte y más joven!
Aquí tienes,
también,
mis huesos.
¡Puedes clavarlos en los caminos de la noche!

6

Hijo mío:
detrás de los sueños que juegan todos los días contigo;
detrás de los tibios rumores que están alrededor de tus sueños;
por encima de la canción sobre cuyas rosas te duermes;
más allá de la claridad que cubre la línea de las lágrimas,
está la sangre mía,
en charcos,
derramada.

7

Tú, mujer que lloras
arrodillada sobre el arco herido del crepúsculo,
levanta los ojos para que veas cómo corre mi sangre.
Tú me acompañaste a través de una aurora de sombras,
y me viste pelear,
cara a cara,
con los enemigos
¡Y no me conociste cuando caí sobre la tierra ensangrentada!
Levanta los ojos para que me veas ahora.
¡Este es el cuerpo,
esta es la sangre
de tu hijo!

YA NO ES DE MIS OJOS

Agil,
limpio de sueño,
—nervio del agua,
músculo y metal de la alegría—.

Abre los ojos y sonríe
delante de mi angustia agitada,
y con sus brazos que son las ramas débiles de mi sangre
levanta los caminos fatigados.

2

Cansancio sin orillas,
artería derramada sobre la corriente de la cruz;
espalda florecida de gusanos;
alborozo negro de la noche...
¡Esta luz,
ya no es de mis ojos;
ya no es de mi sed este líquido claro;
ya no es de mis oídos
ni este silencio
ni este canto...!

3

¿Quién sois,
párpado oscuro,
dedo frío,
frente descarnada...?

Miradme:
¡siembro mi cruz caída
en la fuga postrera de mi carne!

4

Ya veis:
mis sienes están rotas.
Ya veis:
mis huesos están blandos.
¡Ha caído una voz en mi sepulcro...!
¿No es la voz de mi hijo...?
¡Es la voz de mi hijo que está hundiendo sus lágrimas en el vientre
de las tormentas!

¡Impulso lastimado,
júbilo herido
junto a la ráfaga guerrera!

5

La muerte madruga
para sembrar caminos...
¡Cuántos retoños claros,
y rojos,
y negros...!
¡Cuando ya estén maduros los caminos,
no podrán estos hombres recogerlos...!

La muerte no los siembra
sino para el hambre de los niños...

6

¿Quién puede guerrear como ellos...?
¿Quién puede,
como ellos,
abrir las sementeras de las nubes...?
Cansancio sin orillas,
arteria derramada sobre la corriente de la cruz:
espalda florecida de gusanos;
alborozo negro de la noche...
¡Esta luz,
ya no es de mis ojos...!
ya no es de mi sed este líquido claro...!
¡Ya no es de mis oídos,
ni este silencio,
ni este canto...!

Manuel Navarro Luna

Más de la envidia hispana

= De *Ahora*. Madrid =

La "Biblioteca catalana d'autors independents" acaba de publicar una obra de mi buen amigo Juan Estelrich titulada "Fénix o l'esperit de Renaixenca". En otras veces cuento con volver a ella, pues ofrece ancho margen a comentarios; por ahora me voy a limitar a trascribir aquí, traducido del catalán, un pasaje en que, por cierto, se me alude. Y que dice así:

"Dos hombres bien diferentemente representativos—Cambó y Unamuno—han coincidido en reconocer la envidia como la gran enfermedad psicológica de los hispánicos. En esto todos los peninsulares son idénticos; la unidad hispánica se comprueba, sobre todo, en los aspectos negativos, en los defectos. Quienquiera que haya resaltado en la cosa más modesta habrá recibido los pinchazos de la envidia. Existe, pues, la envidia entre nosotros y existe en cantidades enormes. La hemos padecido, y de ello nos quejamos. Pero hemos de reconocer que no podemos extirparla. Es un rasgo hondo del carácter hispánico. También le tenían los griegos y bien agudizado. Y los pedagogos antiguos no pensaron en extirparlo. Sabían que un carácter no es bueno ni malo; que es fuerte o débil, y que la maldad o la bondad dependen no tanto del carácter como de su utilización. ¿Y si de la envidia nativa inextirpable hiciésemos, por la educación, el principio del querer ambicioso? La envidia débil, la envidia triste, la envidia de los impotentes es la envidia nefasta; el pobre envidioso se consume de pena. ¿Y la envidia fuerte? ¿No podría transformarse en una virtud impulsadora? Las sociedades cultas utilizan el egoísmo individual haciéndole derivar hacia finalidades sociales. Semejante operación puede cumplirse con la envidia fuerte, depurándola de toda bajeza, haciéndola confesable. Entonces la envidia se volvería voluntad de vencer, goce de brillar. Los triunfos individuales serían entonces ofrecidos a la ciudad; las propias coronas, a la Patria. La gloria hace generosos a los egoístas más aferrados".

Así Estelrich. Y Salvador de Madariaga, por su parte, hablando de ingleses, franceses y españoles, dijo que sus sendos vicios específicos eran la hipocresía, la avaricia y la envidia. Aquí, en Salamanca, me dijo una vez Cambó que la envidia había nacido en Cataluña. Otro recuerdo: Hace más de cuarenta y cinco años asistí en Madrid a una conferencia que daba Pi y Margall sobre don José María Orense a la misma hora que, en otro local, hablaba el jefe de otro partido republicano. Y jamás me olvidaré el gesto y tono con que Pi y Margall, alzando el índice de su diestra, dijo, con su clara vocecita: "Orense no conoció la envidia". Y luego me contaba un republicano cómo en 1873 Roque Barcia le decía a Castelar, señalando a otro caudillo republicano: "No te fíes de él, Emilio, que te tiene envidia". Y hace poco hemos oído a un prohombre de esta república acusar a otro de envidioso.

Pero ¿para qué vamos a ir señalando anécdotas? El que quiera saber de psicología de la envidia hispánica, que acuda al arsenal de nuestro gran Quevedo.

Y hay, además de las envidias individuales, las colectivas. Regiones que se envidian mutuamente. Que no pueden verse; que esto, no verse—"invidere"—, es envidiarse. Y castas que envidian. El anti-semitismo de los presuntos, supuestos y sedicentes arios ¿qué es sino envidia, envidia tapada por un fingido orgullo que oculta la conciencia de un complejo de inferioridad? Y en el fondo de esa salvajería de ir a quemar iglesias—o andar a tiros con imágenes, como hace poco—¿qué hay sino envidia, envidia al sosiego de los creyentes, a su conformidad, a su resignación? Al opio que les consuela.

Sí, tiene razón Estelrich: los griegos eran envidiosos. Y eran envidiosos los dioses que se forjaron a su imagen y semejanza. Basta leer a Heredoto para enterarse del "phthonos", de la envidia de la zelotipia con que los inmortales perseguían a los mortales. Sólo que los griegos, los del ostracismo, hicieron de la envidia una de las principales virtudes democráticas. La envidia es acaso la virtud democrática fundamental, la que no se harta de exigir responsabilidades.

El pueblo judío, por su parte, pueblo de pastores, inicia su leyenda histórica por el asesinato de Abel, el pastor, por su hermano Caín, el labrador, de cuya sangre surgieron los ciudadanos. Pero los que conocemos pueblos de abelitas, de ganaderos, sabemos que éstos han perseguido, y por envidia, a los hortelanos. Tal aquí, en España, se hizo con los moriscos. Y la expulsión de los judíos, que habían dejado ya de ser pastores de ganado para ser pastores de ganancias monedadas, ¿no fué obra también de envidia? Y no digo de envidia

ariana porque no sé qué es eso de arios, ni lo saben esos pobres racistas mentecatos de la cruz ganchuda.

Sigue Estelrich, después de lo citado, tratando de cómo hay que proponer a nuestro pueblo—él se refiere más propiamente al catalán, mas sin excluir a los otros hispánicos—la envidia emulativa, la que nos obligue a empresas y ambiciones difíciles. "Al sentir las fiestas y las apoteosis, elogiar gloriosamente, usando con amor el ditirambo y condenando la envidia, el pesimismo, el rencor y la reventada". Y luego habla de humanistas y de modernistas. Mas de esto, nosotros otra vez.

Ahora me sentiría empujado a inquirir si esta república democrática ha depurado o no la virtud democrática de la envidia, si no eran malamente envidiosas ciertas llamadas defensas; pero recuerdo lo de Trotzki de que "hay que echar fuera de los rangos proletarios, como a la peste, a los pesimistas y a los escépticos"—lo mismo decía don Alfonso,—y como se me ha acusado tanto de pesimista y de escéptico...

Fortunas del escritor en la América Española

= Colaboración =

En mi reciente viaje por la América española he visto con pena la triste situación económica del escritor. Los jóvenes que tienen siempre mucho entusiasmo, gastan sus ahorros en la publicación del primer libro o de la primera revista, que nadie lee. Los escritores de cierta fama entregan sus originales a algún editor; éste los publica cuando quiere, en papel malísimo, a la rústica, tan a la rústica que se deshojan con la primera lectura. Por lo general el escritor no recibe nunca un centavo de la venta. En Chile, un amigo me confesaba: "Mi editor ha vendido cinco mil ejemplares de mi último libro, pero me saca unas cuentas tan raras que le quedo debiendo más de mil pesos". Sería una locura esperar que el editor rindiera cuentas semestrales o anuales.

Algunos escritores argentinos me dijeron que ellos vendían sus originales. ¡Gran sorpresa! Verdad es que allí el literato ocupa una situación social y económica especial. Premios de treinta mil, veinte mil y diez mil nacionales se adjudican todos los años a escritores noveles. **La Nación** de Buenos Aires paga muy bien "a cierta gente". Hay escritores que cobran por dar conferencias.

En México, Chile, Perú, Cuba, Uruguay, etc., no es lo mismo. Allí si un escritor ya conocido llega a la redacción de un gran diario le preguntan: "¿No quiere darnos algo?" Lo que significa: "le estamos haciendo un gran honor; no le pagaremos nada, pero Ud. tendrá la satisfacción de ver su nombre en nuestras columnas". Uno de los grandes rotativos chilenos me pidió en forma muy especial que le enviara correspondencia de Estados Unidos y me ofreció la suma de un dólar por cada artículo. Un redactor de otro diario me comunicó otro día un gran secreto: "la redacción del X. le pedirá pronto un ensayo sobre Sistemas de Educación norteamericanos". Yo le dí las gracias por la señalada distinción.

Sólo los malos escritores ganan algo. Dicen que Vargas Vila vivía de sus libros. Estoy seguro que Mariano Azuela no ha podido comprarse un par de zapatos con lo que le ha producido **La Luciérnaga.** Mientras que algunos editores se hacen ricos con ediciones fraudulentas, los autores de esas ediciones se mueren de hambre. La ley de propiedad literaria no existe, y si existe no se respeta.

La única solución está en que los escritores de todos los países de Hispano-América se agrupen en sindicatos y concuerden en un sistema de valores. De este modo obligarían a los editores a imprimir sólo novelas de Pérez Escrich y de Jorge Ohnet; a las revistas a desaparecer y a los grandes diarios a publicar sólo cosas de autores de pantalón corto.

Desde un punto de vista práctico el escritor es para mí tanto o más importante que el panadero o el mecánimo en la vida de un país civilizado. No veo razón para condenarle a la miseria o para nombrarle bibliotecario, embajador o cónsul. Sería mejor desterrar a los poetas, como quería Platón, que condenarles, como hacen en Hispanoamérica en trabajar en una prefectura de policía o en los ferrocarriles.

La América española empieza a vivir en el mundo por sus hombres. Sarmiento, Hostos, **Bello, Darío, Rodó,** son el verbo de **América.** Para ser Fenicia nos basta con la carne congelada, el azúcar, el salitre o el cobre; para ser Grecia, no. Si queremos figurar en el concierto de naciones más cultas debemos merecerlo; y lo primero es reconocer, agradecer y pagar el trabajo del escritor.

A. Torres Rioseco

California, U. S. A., Junio de 1934.

Tablero

= *1934* =

De la excelente revista mensual *Cruz y Raya*, de Madrid, dice Gabriela Mistral en el número del 10 de junio de 1934 de *Lecturas Dominicales*, de Bogotá:

A la benemérita Revista de Occidente se ha venido a agregar en el año pasado *Cruz y Raya*—más o menos—«revista de afirmación y negación», editada por José Bergamín y órgano de una especie de neocatolicismo o de catolicismo quintaesenciado, que se aplica a la cultura con preferencia sobre las cuestiones sociales.

Es una gran publicación, cuidada con el más bello escrúpulo tipográfico y de una selección ceñida, en los materiales.

Cruz y Raya entrega más sabor a criatura española que la Revista del señor Ortega y Gasset; y sobre todo, nos place y nos complace en la latinidad de su semblante.

Revista de jóvenes, y de la nueva juventud española, una hermosa generación que aparece limpia de los limos feos que tuvo la nuestra y la siguiente a la nuestra. Esta juventud española de última hora no es ni jacobina ni josefina; está asistida de mucho valor para poseer y desnudar la creencia y y lo está además de una cultura que a los veinticinco años ya no tiene agraces y aparece agavillada y eficaz. Revista para la América, es ella también o puede serlo. Suelo mandarla como un recado de «pascua florida» a jóvenes nuestros, con la esperanza de que ¡ay, por fin!, amanezcan un día en el Continente estas clases de auroras. Una publicación de esta estirpe, cuánto desbrozaría y escardaría nuestra confusión y nuestras impurezas!

Con el Adr. del *Rep. Am.* puede Ud. conseguir *Cruz y Raya.* Precio del ejemplar: ₡ 2.50.

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ¢ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica: Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: {El semestre, $ 3.50 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

La filosofía de Krishnamurti

= Entrevista obtenida en Australia por *J. L. Davidge*, Editor del *Advance Australia News Service*. Traducida del *Theosofist*, Adyar, India, mayo de 1934, por Hermógenes Rodríguez =

Krishnamurti es una persona encantadora para tratarlo, tiene un magnetismo personal que desarmaría a su peor enemigo, si pudiéramos imaginárnoslo como teniendo enemigos. Tiene una cabeza magnífica, facciones finas y maneras perfectas. Se nota en seguida la ausencia de todo deseo de impresionar; se siente embarazado ante cualquier alabanza. A la gentileza y la bondad—que él personifica a la perfección—une poderes raros de potencia intelectual y percepción espiritual. Es en verdad el profeta de una nueva era. Volví a encontrarlo, después de un intervalo de diez años, en Mosman, en casa de Mr. y Mrs. John Mackay, a quienes visitaba.

Sintetizando su filosofía Krishnamurti dice: "El hombre está dominando cada día más y más la naturaleza, pero no comprende sus relaciones con los otros hombres. Y lo que le impide comprender sus relaciones con los otros hombres son las varias supersticiones y trabas sociales y la explotación económica del mundo".

"Eso implica un cambio radical en el orden social", interrumpí.

"Quiere decir que tendremos que cambiar todo nuestro sistema social", respondió.

"Tal vez Ud. lo hará".

"¿Cómo puedo hacerlo yo?—respondió.—Formo núcleos en todas partes de gentes que piensan de este modo, que están despiertas y ven como sus semejantes están siendo explotados y no con aquellos que sólo se preocupan de su propia salvación".

"¿Ud. considera que es un asunto de responsabilidad individual?"

"De responsabilidad"—diferencia Krishnamurti—no se puede separar el individuo de la comunidad. Yo no puedo vivir aislado".

¿Ofrece Krishnamurti una solución de los problemas económicos? El responde: "Las dificultades económicas no pueden resolverse con un milagro. Uds. han construido un sistema basado en la competencia y el egoísmo. Ahora no deben tratar de sustituir un sistema con otro, sino de llegar a una completa reorientación de sus mentes y corazones. Es de la mayor importancia llegar a la raíz del problema. En el campo del pensamiento y del sentimiento no se debe depender de nadie para que nos guíe; hay que ser integralmente solos, mientras que en el trabajo hay que planear juntos la vida. Ese es el remedio. Se puede encontrar la libertad por la expresión de la individualidad en su lugar apropiado, y en la realización de esa verdad se encontrará la solución de los problemas sociales y económicos".



Krishnamurti

Dibujo de don *Tomás Povedano*

"En el mundo económico, la peor enfermedad es el nacionalismo. Se está proyectando la seguridad nacional. Pero para satisfacer las necesidades de la existencia se debe trabajar y planear juntos; es decir hay que desprenderse de la idea de nacionalidad, banderas y fronteras. Debemos preocuparnos de toda la raza humana, no de una raza o clase particular. Es cuestión de mantener la integridad del propio pensamiento y el sentimiento y entonces se tendrá la espontaneidad de la verdadera cooperación en el mundo de la acción, en el trabajo colectivo en beneficio de todos".

"En religión—continuó Krishnamurti con un fino gesto de sus bellas manos—existe el mismo conflicto. La verdad no puede ser realizada por medio de ninguna forma organizada de pensamiento o de autoridad espiritual. Estas son para mí la completa negación de la verdad. La verdad no puede ser realizada por medio de un sistema, una religión u otra persona; nadie puede salvar al hombre excepto él mismo, y en esto está su grandeza, en que en sí mismo, en la plenitud de su propia acción, reside la realización de la verdad. La verdad no es una cuestión de fe o creencia sino de comprensión. Es la creencia la que impide al hombre vivir en lo eterno, comprender lo que es eterno.

Pregunté a Krishnamurti por qué había perdido su creencia en las iglesias. "La religión organizada es una forma de explotación" respondió. "Para las bastas multitudes la idea de Dios es un medio de escapar del mundo. La mayoría de las religiones ofrecen este Dios o Verdad, como una meta que hay que alcanzar y así vienen los maestros y líderes a ayudarnos a alcanzar esa meta y se convierten en explotadores del intelecto humano, puesto que saben—deben saber,—que ninguna viviente realidad puede ser realizada por medio de otro, sino que tiene que ser comprendida a través de nuestra propia experiencia. Yo creo que hay una viviente realidad inmanente, llamadla como gustéis, Dios, Verdad, Inmortalidad y que se puede conocer esa realidad dentro de nosotros mismos".

A Krishnamurti no le preocupa el más allá, dice que hay inmortalidad y que hay eternidad porque las ha realizado, pero que no pueden ser explicadas a la mente llena de limitaciones. Así—dice—no os preocupéis de eso, sí no más bien del presente en que vivís, del conflicto, de la crueldad, del sufrimiento, de los incidentes de cada día. Vivid con intensidad en el presente, porque en el presente está la eternidad. La inmortalidad no está en el futuro distante, y preocuparse por el destino de la individualidad es un esfuerzo vano. Sólo en el presente se halla la plenitud de la comprensión que es la suprema inteligencia.

Imprenta «LA TRIBUNA»